

Del 17 de mayo al 7 de junio
en la sede del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos

Exposición sobre Jose Echegaray



El pasado 17 de mayo se inauguró en el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos la exposición "José Echegaray Eizaguirre. Una mirada global" coincidiendo con el centenario de la concesión al mismo del Premio Nobel de literatura y de la que han sido comisarios Enrique Pérez-Galdós y Natalia Pérez-Galdós. Con este motivo se celebró un acto académico, presentado por el Presidente del Colegio, D. Edelmiro Rúa y en el que se pronunciaron las tres conferencias que reproducimos a continuación.

Echegaray

Leopoldo Calvo-Sotelo Bustelo
Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

En mis tiempos de estudiante, con impudor y arrogancia juveniles, me sentí más de una vez próximo a la persona de José Echegaray. Me deslumbraba entonces la coincidencia en su persona de tres vocaciones matemática, política y literaria, las tres igualmente fuertes y nunca contradictorias. Hace 50 años yo me atribuía petulantemente una triple condición semejante a la de Echegaray; y hoy la confirmo, con toda humildad, leyendo sus extensas memorias publicadas por Ruiz Hermanos, Editores, en 1917. Hay en ellas una frecuente alusión a las armonías políticas, musicales y geométricas. La afición a la música era también corriente entre los alumnos de la Escuela de Caminos en los años de la posguerra civil; cuenta Echegaray una anécdota que se repetía entre algunos alumnos de la Escuela casi 100 años más tarde. Nuestra afición a la geometría nos llevaba a proponernos unos a otros problemas geométricos, de los que hablábamos en los entreactos de los Conciertos del Monumental, o de las operas de la Zarzuela, y más de una vez, durante la interpretación, sucedía que imprudentemente alguno de los problemistas encontraba la solución y la decía en voz alta al compañero sentado en una fila próxima del paraíso.

¡Las tres rectas pasan por un punto!

Así dice Echegaray que su compañero Morel cantó una vez en voz alta la solución del problema geométrico que le habían propuesto "interrumpiendo los gorgoritos de la tiple". "¡Qué remedio! -comenta Echegaray- si a mi me ha encantado siempre tanto como un buen



Fernando Sáenz Ridruejo, Leopoldo Calvo-Sotelo Bustelo, Edelmiro Rúa Álvarez y José Luis Manzanares Japón durante el acto de inauguración de la Exposición.

drama, o más que un buen drama un hermoso teorema de geometría."

Su amigo Julio S. -Echegaray oculta a veces con excesiva discreción los nombres- había puesto a Echegaray sobre la pista del Tratado de Geometría Descriptiva de Leroy, y aquel texto se convirtió en un libro de cabecera suyo. Habían cambiado tan poco las cosas un siglo más tarde que en la Escuela de Caminos en la que yo estudié el Leroy era todavía libro de texto en 2º curso. No he encontrado en la Biblioteca de la Escuela, ni en la Nacional, el volumen mal traducido al español que yo estudié. Si la memoria no me traiciona había en él un capítulo que lla-

maba "curvas gauchas" a las curvas alabeadas y otro sobre técnicas de la construcción titulado "Camas y majaderos".

Echegaray renovó en su tiempo la enseñanza de las matemáticas en España; a principios del siglo XX hubo una segunda renovación protagonizada por Rey Pastor, pero la Escuela todavía conservaba en 1946 restos, como el Leroy, de las enseñanzas del siglo XIX, y aún había en ella profesores que se extasiaban con los desarrollos trigonométricos de $x = a \cos \varphi$, $y = b \sin \varphi$, desarrollos a los que aún no había dado el merecido relevo la notación vectorial. Y no digamos nada del Cálculo Tensorial que no podía aplicar To-

roja a su curso de Elasticidad porque sus alumnos lo ignorábamos.

En 1860 Echegaray viajó al Desierto de La Palma, en Castellón, para ver un eclipse total de sol. Comparto con Echegaray esa afición a los eclipses que me ha llevado a viajar a Baja California, a Munich y a Helsinki para observar otros tantos.

Echegaray fue, además un escritor de fama. Compartió uno de los primeros Premios Nobel con el escritor francés Frédéric Mistral en 1904. Las obras en verso de Echegaray se estrenaban con éxitos extraordinarios en el Madrid finisecular. Yo también tuve una vocación de dramaturgo, probablemente influido por Joaquín Calvo-Sotelo, hermano de mi padre. Aunque no podía admirar el verso de Echegaray, que ya había sufrido, cuando yo lo leía, los embates del nuevo estilo encarnado por Jacinto Benavente, (que también sería Premio Nobel); los gacetilleros de Madrid se ensañaron en su tiempo con la poética de Echegaray y publicaban feroces críticas festivas, como este ripio que se hizo famoso cuando estrenó una de sus últimas comedias elogiadas por el crítico Pérez:

En Bombay dicen que hay terrible peste bubónica.
Aquí estrena Echegaray
y Pérez hace la crónica.
Mejor están en Bombay.

Pero esas críticas no hicieron sino paliar un poco el éxito clamoroso de público del matemático y dramaturgo, y no impidieron el Nobel.

Una tercera faceta de Echegaray es la de economista y político. Fue elegido Académico de Ciencias en 1865 y en su Discurso de ingreso lamentó con escándalo, la endebles de la Ciencia Española. Director General de Obras Públicas en 1868, con la Gloriosa, fue Ministro en el Gabinete de Serrano durante pocos meses en 1874 pero tuvo tiempo para dar al Banco de España la estructura de banco nacional, atribuyéndole el monopolio de la emisión del papel moneda. El Banco de España, pese a ver amputadas por la Unión Europea sus competencias en la política monetaria, si-



gue siendo como lo quiso Echegaray un banco emisor.

Yo me he quedado muy lejos, lejísimos de mi modelo. Pero aún recuerdo

con gratitud a Echegaray que me permitió durante un tiempo estudiantil recrearme en la ilusión de una ambición utópica. ♦



Echegaray, literato

José Luis Manzanares Japón
Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

Antes que nada debo aclarar que no me encuentro en esta tribuna en condición de experto. Ni lo soy de literatura, ni de Echegaray ni del teatro. Los organizadores han querido contar con mi visión de modesto ingeniero al que le gusta escribir y remeda en algunos aspectos, diez escalones más abajo, la figura de su ilustre compañero al ejercer las funciones de profesor, académico y ateneísta de provincias e inquieto plasmador en cuadernos de algunos versos, prosas, novelarías e inquietudes personales. Por tanto, no vean en mis palabras otra cosa que poco autorizada opinión y reflexión personal.

Qué clase de literato fue Don José que recibió el Nobel en 1904, y después ha llegado a ser calificado por Gabriel García Márquez¹ como "uno de los dramaturgos más deplorables que parió la madre España, ilustre matemático a quien Dios tenga en su santo reino".

Qué tenía su pluma que despertaba pasiones enfervorizadas en el público y desprecio absoluto tanto de los escritores del 98 como de la mayor parte de los analistas literarios que han comentado su obra en la posteridad.

Tras navegar por bastantes páginas escritas y abundantes juicios de valor sobre su figura, creo que he logrado obtener una visión personal, algo sintética, de nuestro ilustre antecesor que voy a exponer en el breve lapso de tiempo que permite este acto.

Desde mi profano punto de vista, Echegaray fue un dramaturgo con seis características bien marcadas: fue muy prolífico, muy dramático, muy popular, muy premiado, muy criticado y bastante paradójico.

Prolífico

Comenzó a escribir obras de teatro en 1873 (a los 41 años, afición tardía) y durante tres décadas completó sesenta y siete piezas con la mitad en verso y la otra mitad en prosa. Prácticamente representaba



dos cada año a costa de renunciar a sus otras actividades matemáticas y políticas que pasaron a ocupar un segundo plano mientras escribía.

Aunque ambientalmente produce tanto obras contemporáneas como de corte histórico legendario romántico, la gran mayoría responden al esquema del drama trágico con protagonistas cortados por la misma tijera: seres idealistas que se enfrentan entre sí por amor, honor o justicia en una sociedad hostil al héroe en la que juega un papel fundamental el hado o destino.

Sus versos son correctos, muy profesionales, pero con escasas imágenes, figuras, hipérbatos y metáforas. Vistos con la perspectiva actual están cargados de ripios, pero cabe preguntarse, como hacían los Quintero, si el ripio es atemporal o lo que hoy es superfluo entonces no lo era porque, indudablemente, en las épocas en que se incardinaban las escenas se hablaría de forma distinta.

Dramático

Toda su obra abunda en dramas con torrentes de retórica, luchas y duelos, situaciones de efecto, catástrofes y finales cruentos.

A veces tienen cierta mesura a pesar de que planteen desenlaces ilógicos, co-

mo ocurre en "En el puño de la espada", un drama en tres actos y en verso, estrenado en 1875 y ubicado en la época de Carlos V. Cuenta como el hijo de los Marqueses de Moncada ama a Laura, protegida de sus padres, que le corresponde en sus sentimientos. El maduro conde de Orgaz pretende a la doncella y exige su mano, argumentando el apoyo explícito del Rey. El inevitable duelo desvela un secreto: los combatientes son en realidad padre natural e hijo. Para proteger la honra de su madre, que se había casado embarazada del rival, el joven héroe se suicida bajo el dudoso pretexto de ocultar el mensaje denunciador encerrado en el puño de la daga con que se mata.

En otras ocasiones, exageran el ambiente trágico del drama histórico, como en "En el seno de la muerte", también en tres actos en verso y representada en el 1879 en el Teatro Real. La acción transcurre en 1285 en un castillo asediado, con un panteón de leyenda, y la trama se llena de suicidio tras suicidio para pagar deshonras o por sentirse deshonrado. Aunque no lo he visto explicitado, no cabe duda de que podría servir de espejo de la sin par parodia de Muñoz Seca. Porque no es otra cosa que un Don Mendo tomado en serio.

También existen obras con ambiente contemporáneo, aunque algunas de ellas también sean en verso. Su más famoso drama, "El Gran Galeoto", estrenada en 1881, tiene un argumento original: Galeoto, extraído de la Divina Comedia, representa el catalizador, tercero influyente, que provoca la explosión del amor en una pareja. En este caso se trata de la sociedad malediciente que arroja a Ernesto en brazos de Teodora convirtiendo lo que solo era una calumnia en realidad. Pero ese planteamiento atractivo no está libre del honor mancillado, el duelo y la muerte del inocente esposo.

Los argumentos contemporáneos no se escapan de situaciones propias de otros géneros. En "O locura o santidad", drama en tres actos, en prosa, estrenado en 1877, un maduro burgués del Madrid del XIX descubre por azar ser hijo de una nodriza y se plantea renunciar a su hacienda, que por cierto nadie podría reclamar, sacrificando la felicidad de su hija. El conflicto moral es

¹ El País, Cultura 09-10-1980

tan exagerado que acaba perdiendo la razón y sacado de escena por los loqueros.

El propio autor confiesa inspirarse en Ibsen en obras como "El hijo de Don Juan", también con tres actos en prosa, presentada en 1892 en el teatro Español. Desde luego, en ella no logra reproducir el conflicto entre deber y libertad moral propio del autor noruego. Sin embargo sí consigue reflejar una generación viciosa y corrupta. Juan hijo es una víctima que purga los vicios del Don Juan padre que, al saber que la enfermedad que ha transmitido a su heredero no tiene cura, solo se preocupa por mantener las apariencias.

Incluso cuando Echegaray califica una pieza de farsa cómica, como en el caso de "A fuerza de arrastrarse" el drama y el mal sabor de boca final que deja un protagonista ambicioso y sin escrúpulos condenado a vivir sin amor y preso de las apariencias, evitan la menor sonrisa.

Popular

A ese teatro grandilocuente y dramático le acompañó el éxito y es indiscutible que fue muy popular. Echegaray fue aclamado con fervor, aplaudido con entusiasmo y silbado o pateado con agresividad, por un público que lo seguía encendido de pasión porque se sentía conmovido y convulsionado como no lo había sido desde el Teatro del Siglo de Oro.

Por aquel entonces el arte dramático vivía un momento social irreplicable que arrastraba a cultos e incultos, masa y élite y representaba el único espectáculo capaz de despertar el interés de los ciudadanos. ¿Hasta que punto se aprovechó Echegaray de esa exaltación teatral o contribuyó a ella con su capacidad de conectar con los sentimientos populares?

Los actores más sobresalientes se quisieron subir al carro de su éxito y sus obras fueron representadas por Antonio Vico, Rafael Calvo y Julia Martínez entre otros, en los escenarios del Teatro Español, el Apolo o el de la Comedia. Fue sin duda María Guerrero la musa que permitió al autor crear sus mejores personajes femeninos y, en un perfecto ejercicio de simbiosis, fue su teatro el que consagró la leyenda de la actriz, permitiéndole interpretar a mujeres con



ansia de libertad reclamando un puesto en la sociedad como seres moralmente superiores.

No solo triunfó en España, sino que sus piezas fueron traducidas y representadas en Europa con gran aceptación, como el estreno de "O locura o santidad" en Estocolmo en abril de 1895 que significó un éxito abrumador, a la vez que sorprendente, dada la idiosincrasia sueca y el drama exagerado de la obra.

Premiado

Como consecuencia de esta popularidad, Echegaray tuvo la fortuna de recibir en vida grandes premios y distinciones. Pueden destacarse dos:

- En 1882 fue nombrado Académico de la Real Academia de la Lengua en la silla de Mesonero Romanos, que no ocupó hasta 1896 porque Castelar, que respondía a su discurso de ingreso, tardó catorce años en redactarlo.

- Y en 1904 compartió el premio Nobel de Literatura con el poeta provenzal Frederic Mistral. El gran honor trajo consigo grandes celebraciones y homena-

jes públicos que culminaron meses más tarde con dos días de reconocimiento nacional. El 18 de marzo de 1905 fue testigo de la entrega del premio en el Senado por Alfonso XIII ante el gobierno en pleno y un rendido tributo popular. Al día siguiente una multitudinaria manifestación recorrió Madrid, desde el Palacio de Oriente a Colón inundando Alcalá, Cibeles y Recoletos para mostrar admiración a un emocionado Echegaray que recibió en la puerta de la Biblioteca Nacional un baño de multitudes. Por la noche en el Ateneo, y posteriormente en la prensa, grandes prohombres enaltecieron su figura. Ramón y Cajal, Galdós, Canalejas, Breton y Salillas se unieron a varios ilustres ingenieros de Caminos haciendo pública manifestación de su admiración por su quehacer literario, científico y político.

Criticado

Pero con tener la rara suerte de ser enaltecido en vida también padeció los sinsabores de las críticas más amargas. Los críticos contemporáneos fueron ácidos tanto con el afán del autor por el teatro ro-

mántico ignorando las nuevas tendencias literarias e intelectuales como por su falta de intención social. Según sus detractores era el rey de los planteamientos irreales y los sentimientos fingidos, falsos y extremos. Lo acusaban de teatral en vez de dramático, melodramático en lugar de patético, llorón que no tierno, brutal antes que enérgico y repugnante más que terrible.

Incluso con ocasión del estreno del *Gran Galeoto*, casi unánimemente reconocida como su mejor pieza, Manuel de la Revilla señaló que también contenía los típicos defectos del autor: inverosimilitudes y recursos artificiosos. Para Palacio Valdés a los personajes les faltaban los matices delicados de que eran capaces otros poetas y Pi y Arsuaga encontró mucho efectismo y bastante convencionalismo.

Leopoldo Alas dijo de Echegaray que no siempre estaba equivocado en lo esencial pero siempre erraba en lo accesorio. Según él en su obra faltaba unidad de composición y verosimilitud, olvidando que la condición necesaria del drama era la semejanza con la vida. Fue un crítico tan permanentemente punzante que dio lugar a la popular quintilla

“En Bombay dicen que hay plaga de peste Bubónica. Hoy estrena Echegaray y Clarín hace la crónica. Mejor estar en Bombay”.

Azorín en 1903 tachó su estilo de vulgar, hueco, palabrero, enfático y oratorio.

Sin embargo nada de esto fue tan doloroso para el dramaturgo como la oposición frontal de los principales representantes de la Generación del 98 a su homenaje por la concesión del Nobel. Unamuno, los Machado, Rubén Darío, Maeztu, Baroja, Valle Inclán y otros firmaron una protesta que hicieron pública poniendo de manifiesto que sus ideales artísticos eran otros y sus admiraciones muy distintas.

Valle Inclán hizo causa personal del descrédito hacia Echegaray. Lo bautizó como el viejo idiota e insistió con esta denominación hasta hacerla popular. Llegó a encerrar a su mujer con llave para impedirle representar un papel en el *“Gran Galeoto”*.

Ciertamente algunos de sus detractores dieron marcha atrás con el paso de los



años, y hubo posteriores rectificaciones como las de Azorín, que reconoció después de la muerte del dramaturgo la robustez de su teatro que poseía una intensidad y emoción que le faltaba al que ocupó su lugar en la posterior sociedad española.

Los Álvarez Quintero admiraron su poder y grandeza en el centenario de su nacimiento y defendieron sus expresiones que eran tildadas de rípidas por críticos que las toleraban en otros dramaturgos de su siglo.

Hubo justificaciones a su teatro por parte de Benavente, Ortega y Gómez de la Serna, que lo consideraban adecuado a una sociedad que demandaba esa literatura. También en el extranjero Merimée y Bernard Shaw defendieron los méritos de Echegaray.

Pero la gran parte de la crítica académica posterior, incluso la más reciente, continuó siendo ácida y mordaz con la figura del autor teatral. Quizá una de las posturas más extremas haya sido la de Francisco Ruiz Ramón en su *Historia del Teatro Español* que niega cualquier valor a la obra del ilustre ingeniero. Tilda a su teatro de “drama-ripio”, atentado dirigido a conciencia contra el sistema nervioso del pú-

blico que falsea las pasiones, vacías de verdad humana, falsea la retórica, sustituida por la verborrea, y viste a sus personajes con inhumanidad.

Como no puede negar la evidencia del éxito que supuso ser aclamado fervorosamente por su público, en lugar de reconocerle mérito alguno, acusa a la sociedad que lo idolatraba de una falta de vocación por la verdad y la autenticidad. Para criticar al autor, critica a un pueblo que vivía lo que llama los años bobos de la Restauración. Para él no solo Echegaray era un pésimo autor sino que los españoles de entonces eran unos pésimos espectadores.

Paradójico

No cabe duda de que con independencia de partidarios y detractores, de la crítica constructiva o la destructiva Don José de Echegaray fue, sobre todo, un autor paradójico.

Siendo como fue un hombre profundamente preocupado por la modernidad científica, política, económica y social de su país, ancló sin embargo su teatro en las raíces más antiguas y retrógradas del viejo romanticismo hispano.

Sabía que vivía un momento de profundos cambios en la humanidad y lo puso de manifiesto cuando en sus recuerdos comentaba: "Todo está en crisis: el equilibrio europeo; el orden social; la religión; la familia; la propiedad y los gobiernos (la crisis es un estado natural). Hasta la ciencia está en crisis" Era consciente de la convulsión social hacia la modernidad, pero su teatro ignoró esa crisis y se centró en el pasado.

A pesar de su afán innovador y la crítica a la España del látigo, hierro, sangre, rezos, brasero y humo, constituye una gran paradoja el hecho de que situara en esa patria el núcleo central de sus dramas.

No encuentro otra explicación más que la de suponer que, en el fondo, Echegaray era un conservador con unas raíces tan profundas que no le permitían ser consciente de ellas ni, por tanto, llegar a plantearse como removerlas. Confirma esta hipótesis el hecho de que se escandalizara porque se demolieran los cimientos de la mecánica racional, precisamente por los sabios más ilustres que hasta hace nada la tenían como dogma. Llegó a comparar su iconoclasia a la de la nobleza francesa que, la noche del 4 de Agosto, abdicó de sus privilegios y prerrogativas, por amor a la Justicia, para acabar bañados en sangre.

Le pidió a España una afición por la Ciencia que llenara la piel de toro de glorias de la investigación, abogó también por la libertad de culto e intentó cambiar en política aquello que había condicionado su maltrecha economía personal, pero no sintió ninguna necesidad de revolucionar nada, ni la ciencia establecida, ni los gustos del pueblo, ni las conciencias sociales. Quería un país que supiera lo que él sabía, disfrutara con lo que él disfrutaba y pensara como él pensaba, pero no que rompiera con lo que él consideraba bien cimentado.

¿Por qué escribió entonces? ¿Cuál fue el anhelo interior que le impulsó a coger papel y pluma y comunicarse con sus semejantes a través del teatro? Si no tuvo afán moralista, revolucionario social, adoc-trinador de masas, o una visión renovadora de la estética, qué fue lo que le movió a escribir. Aunque parezca mentira al ingeniero del siglo XXI, lo hizo simple y llanamente por sobrevivir, buscando una fuente

de ingresos personales muy superiores a los que podían darle la docencia, la ciencia, la política o la ingeniería.

En 1905 afirmó: "Tropecé con la prosa cuando con veintiséis años y una niña me hice cargo de que mi sueldo era muy escaso y la vida muy cara" "Un obrero con 15.000 reales al año es rico, un burgués, un verdadero pobre de levita" "...yo ganaba menos que el conserje de la Escuela"

Su confesión, cuando escribió sus Recuerdos, fue esclarecedora: "Si yo hubiera sido rico, si no tuviera que ganar el pan de cada día con el trabajo diario, me hubiera dedicado exclusivamente a las matemáticas. Ni más dramas, ni más argumentos terribles, ni más adulterios, ni más suicidios, ni más duelos, ni más pasiones encadenadas ni, sobre todo, más críticos; otras incógnitas y otras ecuaciones me hubieran preocupado".

"Pero el cultivo de las altas Matemáticas no da lo bastante para vivir. El drama más desdichado, el crimen teatral más modesto, proporciona mucho más dinero que el más alto problema de cálculo integral, y la obligación es antes que la devoción y hay que dejar las Matemáticas para ir rellenando con ellas los huecos de descanso que el trabajo productivo deja de tiempo en tiempo".

Hoy más de uno diría lo contrario: si fuera rico dejaría la dura vida profesional para buscar ante miles de cuartillas como vaciar el alma con el vano intento de hacer mejor el mundo que nos rodea. Resulta inconcebible en la sociedad actual pensar que la vida bohemia del literato pudiera ser una tabla de salvación económica para un ministro, que es a la vez profesor e ingeniero.

No sé si Echegaray fue el primer artista que abandonó el éxito profesional para hacerse rico con la literatura. Pero sí creo que fue el primero que alcanzó el Nobel buscando unos ingresos suculentos. Si hacemos caso de sus palabras no cabe ninguna duda de que esa fue la razón primaria que le movió a escribir.

Tras esa confesión cruda y sincera, cabe hacerse la segunda pregunta ¿por qué eligió el drama? ¿No pudo una vez que fue autor consagrado haber evolucionado en su obra literaria en busca de los ele-

mentos que ya alentaban a la Generación del 98?

El propio Echegaray explicó su vocación: "Ya sé que en el Arte, y aún en la vida, una persona buena, digna, honrada, prudente, trabajadora y metódica, dulce y cariñosa, que todo esto me parece que soy, no puede aparecer a los ojos del lector como figura artística e interesante. Una buena persona resulta aburrida y monótona. El elemento artístico más poderoso es el mal. Quizás he sido dramaturgo tan terrible por un efecto de compensación"

Confesó también que "por ley de mi naturaleza soy aficionado al drama, por eso con mucho menos motivo lo aplico a mi persona y mis cariños". Si a esa predisposición de su carácter le añadió su afán juvenil por la lectura de los clásicos románticos, y su devoción por la ópera, no tiene nada de extraño que sus primeras obras tuvieran todos los aditamentos de grandilocuencia y falta de realidad que han caracterizado al género lírico. Todas las críticas hechas al teatro de Echegaray podrían ser aplicadas literalmente a las óperas más famosas.

Pero, una vez que triunfó ¿Por qué no giró después hacia otros derroteros? La respuesta también es obvia y nos la da él mismo: Por el público. Vivió en una sociedad que acogió con pasión sus obras, las aplaudió, las vitoreó o a veces las pateó estimulándole a volver con un nuevo éxito que emulara a los anteriores. El propio Don José nos dice: "Las celebridades en el teatro y fuera del teatro las hace el público cuando quiere y como quiere y porque así le place" "Él, en uso de su omnímoda voluntad, reparte títulos y reputaciones, así como la historia y la leyenda han creado héroes que tal vez fueran unos canallas o unos mentecatos".

Echegaray comentó más de una vez, criticando el teatro moralizante de Tama-yo, que las lecciones morales no conmueven al espectador que solo se ve afectado por la escenografía: "el teatro es eminentemente plástico, hay que dar forma visible y artística a las ideas, a los sentimientos, a las luchas interiores del alma y de las conciencias". A fin de cuentas, no intentó predicar cambios sociales desde el escenario porque al público no le hacían el menor



José Luis Manzanares Japón durante su intervención

efecto y él, sobre todo, escribía para gustar.

“El público quiere que los dramas terminen en punta de fuego, colocar la escena más intensa en el centro del drama y desde ella ir descendiendo hacia el fin es correr el peligro de que la obra no guste”. Según confesó más tarde, su público hubiera silbado el eclipse que vio en Castellón porque, una vez que hubo asombrado a todos, en el cenit de la máxima oscuridad, languideció lentamente hacia el retorno de la luz hastiando a los espectadores que ya hacía un rato habían visto todo cuanto tenían que ver.

Desde mi modesto punto de vista, Echegaray, harto de pasar apuros en su juventud encontró en el teatro su tabla de salvación. Tuvo éxito con sus primeras obras, ganó dinero y su mente matemática sintetizó la fórmula dramática que se vendía bien y que ya nunca abandonaría. Se hizo famoso el soneto del autor en que relataba la receta infalible que le daba el triunfo:

*Escojo una pasión, tomo una idea
un problema, un carácter. Y lo infundo
cual densa dinamita, en lo profundo
de un personaje que mi mente crea.*

*La trama, al personaje le rodea
de unos cuantos muñecos que en el mundo
o se revuelcan en el cieno inmundo
o se calientan a la luz febea.*

*La mecha enciendo. El fuego se prepara,
el cartucho revienta sin remedio,
y el astro principal es quien lo paga.
Aunque a veces también en este asedio
que al arte pongo y que al instinto halaga
me coge la explosión de medio a medio.*

No es de extrañar que tanto literato que ha dedicado su vida a las letras, pasando penurias, con éxitos huérfanos de dinero, critique y proteste un teatro que el propio autor confiesa mercantilista, encasillado en fórmulas y que no persigue otra cosa que el éxito.

Aunque más de uno se rasgue las vestiduras por ese mercantilismo de nuestro dramaturgo, han de reconocer que no hay autor que no sueñe con poder vivir de su literatura y, si fuera posible, hacerse rico con ella. Sin embargo, también hay que admitir que muy pocos confesarían que si tuvieran fortuna, dejarían de escribir. El hacerlo, como él hizo, desmerece una obra desde el punto de vista vocacional a cambio de realzar la sinceridad del autor.

Sin embargo, cabe preguntarse ¿Dónde radica la excelencia de una obra de arte? ¿En el objetivo que mueve al autor? ¿En la metodología empleada? ¿En la capacidad o el intento de influir un cambio social? O, historias a parte, sólo se encuentra en el objeto artístico en sí.

¿Desmerece un cuadro por la cotización económica de su autor? ¿No utiliza también técnicas repetitivas, que responden a una fórmula personal, el pintor de éxito que triunfa social y mercantilmente a la vez que lo hace como artista? ¿No resulta una pintura excelsa por su independencia de la intención con que fue redilizada?

La Generación del 98 pretendió cambiar una sociedad española anclada en raíces antiguas. Y su actitud, loable, ha contribuido a una nueva España. Pero su mensaje era simultáneo con un ostentoso desprecio por la ciencia y la técnica que tanta falta hacían a nuestro país. El que inventen ellos no fue una aportación afortunada de una corriente literaria que cojeó, en este aspecto, de las mismas carencias de falta de modernidad que tuvo el teatro del premio Nobel.

Echegaray solo pretendió entretener y divertir. Y consiguió la adhesión total de un público ahito de sus obras. Acusar a esa sociedad de boba o adormecida equivale a suponer que los cánones de belleza son atemporales, ignorar que las modas son efímeras, los triunfos coyunturales y que se puedan contar con los dedos de las manos las obras literarias que se consagran fuera de su época.

Don José escribía un teatro que hoy no nos dice nada, pero aún así, a pesar de su lenguaje estereotipado y anacrónico, sigue siendo capaz de enganchar al lector con un imán que supera con mucho la técnica, o la frialdad del cálculo con que fue concebido. En los textos de Echegaray, probablemente a pesar de sus motivaciones personales, y a pesar de sus críticos, hay una magia inexplicable que escapa a toda razón y que puede justificar que alguien cautivado le diera un Nobel y que otros los consideremos aún hoy en día como una de las glorias de la profesión de Ingeniero de Caminos. ◆

Echegaray, ingeniero

Fernando Sáenz Ridruejo

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

Cuando Augusto Martínez Olmedilla escribió su biografía de Echegaray para la colección de "Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX" puso como subtítulo: *el madrileño tres veces famoso*. Pasando, de momento, por alto lo de madrileño –que merece alguna apostilla¹–, esta triple fama ya nos está indicando la complejidad del personaje, cuya figura, por otra parte, ha llegado a nuestros días deformada por prejuicios de diversa índole.

Por supuesto, la triple fama se está refiriendo al matemático, al político y al dramaturgo. Podríamos referirnos también al economista, al memorialista y al divulgador científico. Prácticamente nadie piensa en Echegaray como ingeniero y los que así lo identifican lo hacen de pasada, sin concretar de qué clase de ingeniero se trata. El currículo de Echegaray como ingeniero de Caminos fue, desde luego, reducido y, sin embargo, las restantes identidades de nuestro hombre parten de esa condición inicial, que está en la raíz de todas las demás y las explica.

Para enfocar debidamente la figura de José Echegaray ingeniero, antes de pasar revista a sus no muy numerosas actividades ingenieriles, tenemos que examinar qué significados arrastraba el título de ingeniero de Caminos cuando nuestro hombre, hacia 1848, eligió esa profesión. En esa época el ingeniero civil representaba la imagen



del progreso, no sólo en el terreno de la técnica sino, principalmente, en el ideológico.

La Escuela de Caminos, bajo la exigente tutela de un liberal autoritario, Juan Subercase, acogía a un exiguo número individuos que se preparaban, sí, para construir las infraestructuras que el país necesitaba imperiosamente, pero, sobre todo, se moldeaban para ejercer un liderazgo moral en la ciencia, en la política y en otros campos de la vida nacional. Ildelfonso Cerdá, un payés de Barcelona que unos años antes había llegado a la Escuela atraído por esa fama, después de describir las penalidades y sacrificios a que los alumnos eran sometidos, escribía: "si mil veces tuviera que elegir carrera, escogería esta, aunque presentara mayores obstáculos y dificultades" (citado por Arturo Soria).

Al ingresar Echegaray en la Escuela, procedente de la Preparatoria, ya había cesado Subercase. No lo conoció siendo alumno, pero lo encontraría más tarde, siendo él mismo profesor novel, durante la segunda etapa del viejo director, en el bienio 1855-56. Encontró, en cambio, a dos profesores que le marcarían poderosamente: José Morer y, sobre todo, Gabriel Rodríguez. Su admiración hacia el primero fue absoluta: en los *Recuerdos* aparece vinculado a sus dos principales aficiones, las ma-

temáticas y el teatro. Lo rememora con estas palabras:

"¡Qué espíritu tan noble, qué amigo tan bueno y tan cariñoso para mí, qué inteligencia tan soberana! No he conocido en España quien tuviera, ni con mucho, el talento matemático de D. José Morer. Si España fuera Francia, pongo por caso; si la atmósfera científica de nuestro país fuera otra; si existieran estímulos que no existen, y José Morer hubiera podido dedicarse de lleno al cultivo de las ciencias matemáticas puras, su nombre sería hoy conocido y respetado en toda Europa".

El segundo le aficionó a la economía y le introdujo en todos los círculos progresistas de la época y, aunque sólo era tres años mayor, ejerció tal influencia moral sobre él que habría de decir, muchos años más tarde: "cuando yo andaba en política me aterraba, más que lo que pudieran decir los periódicos de oposición, lo que pudiera pensar de mis actos Gabriel Rodríguez".

En la Escuela convivió, además, con tres compañeros que habrían de tener una influencia decisiva en su vida: Leopoldo Brockmann, José Caunedo y Eduardo Gutiérrez Calleja. En sus *Recuerdos*, escribiría de ellos: "En estos tres nombres iban mi porvenir de autor dramático, mis bodas futuras y una buena parte de mis trabajos como ingeniero". Está bien documentada la relación de Echegaray y Brockmann y nosotros mismos hemos escrito algo sobre el tema. En cambio, de Calleja sabemos poco y sólo lo podemos hacer conjeturas sobre esos trabajos profesionales que habría de proporcionar a Echegaray.

Téngase en cuenta que los ingenieros de la época, funcionarios, encontraban dificultades para salir del servicio del Estado, siquiera fuese temporalmente, para realizar proyectos particulares o para trabajar en empresas privadas. Muchas veces hubieron de hacerlo de forma clandestina y lo que, a lo sumo, recogen los expedientes y ha quedado en los archivos son periodos en que, eufemísticamente, se les da licencia "para restablecer su quebrantada salud". Brockmann que aceptó, por breve lapso de tiempo, la dirección del canal de Castilla, perdió la condición de funcionario público. Calleja, cuando pasó a una com-

¹ Tal vez, para Olmedilla y las gentes del primer tercio del siglo pasado, la idea del "madrileño" iba unida a las majas, los chisperos, el organillo, los barquilleros y otros tópicos de un Madrid zarzuelero que, si alguna vez existió, ya ha desaparecido. Esos tópicos, por otra parte, resultan aplicables a Miguel Echegaray en mayor medida que a su hermano José. Pero, en esta época, en que cada región y cada comarca necesitan tener un color propio, Madrid no tiene color, o lo tiene blanco, porque es la suma de todas ellas. José Echegaray, de apellidos inequívocamente vascos, nacido en Madrid, de padre aragonés, criado en Murcia y afincado luego en la Corte, sólo nos resulta "madrileño". Y esto no era tan común; en alguna ocasión he examinado las procedencias de los cincuenta hombres públicos más citados en los libros de historia decimonónica: pues bien, sólo dos – uno de ellos Echegaray – habían nacido en Madrid. Los restantes, aunque se establecieron aquí, continuaron cultivando, en su gran mayoría, las relaciones económicas, electorales o afectivas con su terruño de origen.

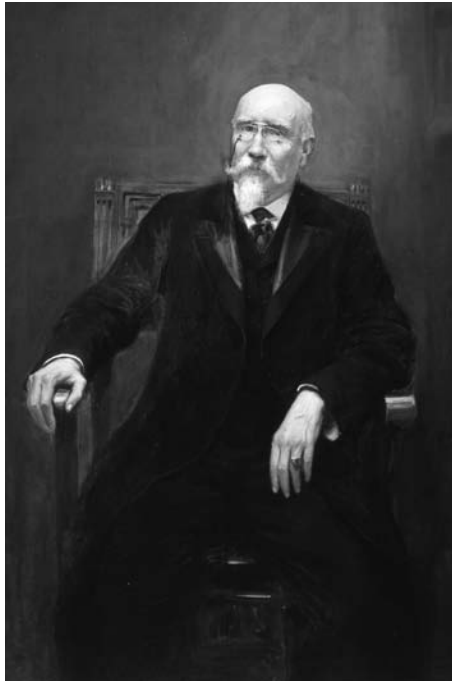
pañía ferroviaria, quedó ya hasta su muerte en situación de "licencia ilimitada".

Nada más terminar la carrera, en 1853, José Echegaray fue destinado a la provincia de Almería. Pasó allí unos meses en los que, según el mismo confesaría más tarde, no hizo prácticamente nada. En aquel momento no tenía aquella provincia más que una legua de carretera construida y la función de don José consistió en cuidar de su mantenimiento. Su jefe, Manuel Caravantes, prácticamente desterrado en aquellos confines, ni impulsaba ningún proyecto ni acataba las directrices ministeriales y nuestro hombre se dedicó a cultivar sus aficiones matemáticas, en espera de un destino más apropiado a sus capacidades.

Entre 1854 y 1868 Echegaray fue profesor, secretario y, junto con Eduardo Saavedra, alma de la Escuela de Caminos. Asimismo, participó activamente en la *Revista de Obras Públicas*, aparecida en 1853. La relación de materias que impartió en la Escuela es impresionante. Aparte de la cátedra de Cálculo diferencial e integral, que desempeñó durante muchos años y fue, digamos, su asignatura base, explicó en uno u otro curso: Geometría descriptiva, Aplicaciones de la geometría descriptiva a las sombras y a la perspectiva, Corte de piedras, de maderas y de metales –o sea Estereotomía–, Mecánica racional e Hidráulica. Además, aunque no conste en libros de actas, según afirma en sus *Recuerdos*, algún año explicó también, interinamente, distribución de aguas y, durante algunos meses, por enfermedad del ingeniero que la desempeñaba, la clase construcción.

"De aquí resulta –apostillaría– que durante largos periodos he desempeñado dos y aun tres clases...". Es decir Echegaray, formado en la Escuela de Caminos, formó y forjó, a su vez, a toda una generación de ingenieros de Caminos. Si no actuó demasiado como ingeniero, sí influyó, y mucho, a través de sus discípulos.

Entre sus actuaciones más ingenieriles de esos años, fuera de la Escuela, pero derivadas de su condición de profesor, entresacaremos la famosa visita, hacia 1860, al túnel alpino de Mont-Cenis, entonces en construcción, acompañado de sus discípulos Manuel Pardo y Luis Vasconi, y la visita a la Exposición Universal de Londres en 1862.



José Echegaray pintado por Marceliano Santamaría (Colección Banco de España).

Estando en Londres recibió la llamada de socorro de Leopoldo Brockmann para que acudiese a París y le ayudase a pergeñar el proyecto de un artilugio para el cruce del Canal de la Mancha, que debía presentar con toda urgencia a Napoleón III. El proyecto no salió adelante, como en aquella época tampoco hubiera prosperado ningún otro; pero Echegaray dejó constancia de su preparación y su predisposición a colaborar en cualquier iniciativa de su amigo².

El carácter de Echegaray estaba compuesto por una extraña mezcla de rigor y frivolidad; rigor que aparece en el matemático y en el hacendista, frivolidad unida a muchas de sus actuaciones como orador parlamentario y dramaturgo. Su paso por la política vino precedido, como en los técnicos es muy común, por un estadio intermedio, en que el rigor de su formación matemática va dando paso a la flexibilidad que la práctica política, siempre supe-

² Rodríguez Paradinas, E. y Sáenz Ridruejo, F., "Un proyecto español para el cruce del Canal de la Mancha", *ROP*, mayo 1994, 59-66.

Obras Públicas en función de sus conocimientos técnicos; pero pronto ganará un acta de diputado y, en la primera crisis ministerial, sucederá a su ministro Manuel Ruiz-Zorrilla. Durante los años siguientes ya sólo pensará en político.

La actuación en materia de obras públicas del tándem ministerial formado por Ruiz-Zorrilla y Echegaray puede calificarse de discutible. Movidos por un ingenuo liberalismo y desconocedores, en el fondo, de la realidad española, tan lejana de la inglesa que se tomó como referencia, dejaron buen número de carreteras al cuidado de diputaciones, ayuntamientos y particulares, lo que dio lugar a su rápido deterioro. Mejores consecuencias tuvo la creación de las Juntas de Obras de Puertos que originaron una beneficiosa descentralización, aunque dieron lugar a concesiones prácticamente perennes, otorgadas con poco criterio y sin casi contrapartidas. En descargo de nuestro hombre hay que señalar que su capacidad de maniobra fue escasa pues, en el clima de efervescencia social inherente a toda situación revolucionaria, era inevitable que las obras públicas pasaran a un lugar secundario. En sus memorias reconocería que el ministro le dio total libertad para elegir su equipo directivo y es evidente que los jefes de negociado que eligió, entre ellos sus compañeros de claustro Saavedra y Pardo, eran de la mayor competencia.

En 1869, a raíz de su famoso discurso sobre "la trenza del Quemadero", algunos los ingenieros de Caminos residentes en Madrid y los individuos de la Asociación Libre cambista, contertulios de la redacción de la *Revista de Obras Públicas*, le ofrecieron en Lhardy un banquete, del que dio cumplida la *Revista*. Aquel homenaje reflejó muy bien, junto al cariño de sus compañeros, la preocupación por la deriva que iban adquiriendo sus actuaciones públicas.

Asistieron los ministros de Fomento y Hacienda, Ruiz Zorrilla y Figuerola, Francisco Javier Barra, el director de la Escuela, Lucio del Valle, los economistas Segismundo Moret, Comas, Luis María Pastor, Pedregal, Bosch y el diputado constituyente Prieto. La mayoría de ellos habló a los postres, como también lo hicieron los ingenieros Ba-

rrón, Gabriel Rodríguez, Carvajal, Pastor Landero, Morer, Boguerín y Gutiérrez Calleja. Especial interés tuvo el discurso de Constantino de Ardanaz, que "al mismo tiempo que se felicitaba de los triunfos obtenidos por la revolución, deseaba no se dirigiera ésta, en alguna cuestión concreta, por un camino tal y con tal velocidad, que borrara para siempre las brillantes tradiciones de la Escuela de la plaza de la Leña y de la calle del Turco, que fundada por el ilustre Betancourt, había producido hombres como Subercase, Santa Cruz y Echegaray".

Ardanaz, antiguo profesor de la Escuela, era un hombre de la revolución, había ocupado ya puestos de confianza a raíz de la de Vicálvaro y, en la próxima crisis, habría de sustituir a Figuerola en la cartera de Hacienda, a la vez que Echegaray sustituía a Ruiz Zorrilla en la de Fomento. Este discurso muestra como, en unos pocos meses, la Escuela y sus hombres habían pasado a ser conservadores, aunque lo que se tratara de conservar era la tradición liberal que, en las palabras de Ardanaz, estaba personificada por Betancourt, Subercase y Santa Cruz y, por si lo había olvidado, Echegaray, que resultaba ser un ilustre epígono.

No menos importancia cabe dar a la contestación de Echegaray, que, por si cabía duda de su determinación de perseverar en la línea política de aquel gobierno, manifestó que dedicaría su vida al triunfo de las ideas que le habían proporcionado la ovación y felicitaciones de que era objeto.

Por eso, resultaron casi proféticas las palabras que previamente le había dirigido su compañero Gutiérrez Calleja, quien, al considerar los horizontes que se le abrían en la política, le despedía cariñosamente, ofreciéndole una acogida igualmente cariñosa para el día en que cansado de los azares y disgustos de la vida que iba a emprender, quisiera volver otra vez con los compañeros "que hoy deja para lanzarse en pos de la nueva gloria que ante su vista se presenta". Como sabemos, cuando Echegaray se cansó de la política no regresó a descansar con sus compañeros sino que buscó en los escenarios teatrales otra gloria con más brillos, si cabe, que la del Parlamento.



Enrique Pérez-Galdós, Edelmiro Rúa, Natalia Pérez-Galdós y Leopoldo Calvo-Sotelo.

De ese periodo recordaremos dos actuaciones vinculadas a la técnica: una positiva, cuando apoyó la construcción de la presa del Villar, para abastecimiento a Madrid, en un momento en que el Canal de Isabel II estaba dirigido por José Morer. La otra, no tan plausible, fue la declaración de que estaba desecada la laguna de la Janda, en contra del interés de los municipios ribereños y a favor del grupo capitalista de los Moret, que desde hacía medio siglo disfrutaban de la concesión administrativa, sin haber llegado a desecar fehacientemente los terrenos.

Tras la Restauración, quedó Echegaray en situación de supernumerario, diputado hasta 1879 y senador más tarde, pero dedi-

cado principalmente al teatro. Hemos de suponer que fue en esa época cuando colaboró en las actividades ferroviarias de Gutiérrez Calleja. Éste había sido profesor de la Escuela de Caminos, en dos periodos distintos. El primero, en 1855, a propuesta de Echegaray, lo mismo que Brockmann y Caunedo, y el segundo en los cursos 1866-67 y 1867-68, en que explicó ferrocarriles³. Sabemos que estuvo al servicio de la Compañía de los ferrocarriles del Tajo y que colaboró con el francés Cachelievre en el proyecto y la construcción de la estación

³ Carlos de Orduña en sus *Memorias de la Escuela de Caminos*, páginas 67-69, lo define como "el más ingeniero de los tres".

de las Delicias, proyectada en 1876 y terminada en 1880. En esta compañía continuó toda la década, pero entre medias, hacia julio de 1881, coincidiendo con la inauguración de la línea, suscribió un contrato con el director de la Compañía del ferrocarril del Noroeste, Manuel Peironcely, para construir el tramo entre el valle de Salguero y el Puente de los Fierros.

Lógicamente, la posible colaboración de Echegaray se limitaría a informes o dictámenes referidos al ferrocarril del Tajo. Téngase en cuenta que el presidente de esta empresa fue, en los periodos en que quedó al margen de la política, otro amigo de nuestro ingeniero: Segismundo Moret. En cualquier caso, su intimidad con Calleja era de dominio público, de modo que, cuando falleció éste, en 1890, la *ROP* anunció una necrología escrita por Echegaray, que finalmente no llegó a publicarse.

Durante las décadas de los ochenta y los noventa, instalado ya en el éxito literario, no dejó Echegaray de intervenir en cuestiones técnicas, la mayoría de las veces en su condición de senador, presidiendo comisiones como la que le llevó a Barcelona a estudiar el paso del ferrocarril por la calle Aragón. Es conocida su castiza explicación cuando, de vuelta en Madrid, declaró: "Hemos zanjado el problema", para dar a entender que habían situado las vías por debajo del nivel de la calle. Liberal y escasamente intervencionista, en 1870 había apoyado la ley de ayudas a los riegos y es de suponer que viera con escaso entusiasmo la que en 1896 ordenaba construir el Canal de Aragón y Cataluña por cuenta del Estado. Pero, tras la pérdida de las colonias, fue el primero en pedir una reacción vigorosa del cuerpo social y apoyó con brío la iniciativa de sus compañeros para formular el plan de pantanos y canales, que se acabaría aprobando de 1902.

El último servicio de Echegaray a la ingeniería civil española fue su dictamen en defensa de José Eugenio Ribera, imputado por el hundimiento del Tercer Depósito de Madrid en 1905. Puso todas sus dotes oratorias y todo su prestigio, con el premio Nobel recién recibido, para demostrar que la ola de calor causante del



Elisa de Sambricio y Rivera de Echegaray, descendiente de D. José Echegaray, en un momento del acto.

colapso no era previsible. Sin la intervención de Echegaray y del gran jurista Melquíades Álvarez, Ribera habría sido condenado y el hormigón armado habría sufrido, en España, un retraso de años o de décadas.

La labor de Echegaray a favor de la técnica española excede de los límites de la ingeniería civil. Desde la Real Academia de Ciencias impulsó todas las iniciativas de interés, como hizo en 1902 al enjuiciar los dirigibles de Torres Quevedo, en un informe que calificó modestamente de 'noticia', pero que ocupa treinta páginas en el libro de actas. Desde los distintos periódicos y revistas en que colaboró, hizo una eficaz divulgación de cuantas novedades técnicas y científicas fueron apareciendo, desde el aeróstato de Santos Dumont a la modesta bicicleta. Quien había sido un entusiasta de la equitación, empezó a usar, cuando era más que sexagenario, este artilugio que le dio algún serio disgusto⁴. Por esa labor divulgativa sería nombrado más tarde presidente honorario de la Sociedad de Velocipedistas Madrileños. En apoyo del

submarino de Isaac Peral publicó una serie de artículos en que estudiaba los distintos modelos aparecidos en el mundo, en comparación con el del marino cartagenero. Acabarían editándose en un folleto independiente aparecido en 1891. Otros proyectos menos fundados, como el de Felipe Mora para continuar el canal de Guadarrama, interrumpido en el siglo XVIII, no merecieron más que un cordial saludo, sin comprometer una opinión técnica que, honestamente, no podía ser favorable.◆

⁴ Resulta curioso como, en su correspondencia con María Guerrero, narra a su actriz favorita la caída que sufrió en mayo de 1895. Una de las primeras noches en que salió a pasear sólo desde la Puerta de Atocha en dirección a Vallecas - ¡a quince kilómetros por hora!, especifica muy científico - tropezó con una piedra y salió como una bala por encima del manillar. Es de notar que en algunas de las cartas, por detrás del dramaturgo aparece el ingeniero. Por ejemplo, en una de ellas, desde Galicia, incluye una postal del viaducto internacional de Tuy recientemente inaugurado. (Recogido por Menéndez Onrubia, C. y Ávila Arellano, J., *El neorromanticismo español y su época. Epistolario de José Echegaray a María Guerrero*, página 255).